EL AIRE DE UNA MUJER,

COPLA BUFO-SATÍRICA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. JOSÉ ALCALÁ GALIANO,

MUSICA DE

D. EUFEMIANO LORENZO JURADO.

MADRID.
EL TEATRO Y ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1871.

EL AIRE DE UNA MUJER,

COPLA BUFO-SATÍRICA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. JOSÉ ALCALÁ GALIANO,

MUSICA DE

D. EUFEMIANO LORENZO JURADO.

Estrenada en el Teatro y Circo de Madrid en la noche del 3 de Agosto de 1871.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. MORRIS

N.º de la procedencia

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1871.

PERSONAJES.	ACTORES.
OLIMPIA.....	Sra. Bteza.
DON BERMUDO.....	Sr. Carceller.
ROBERTO.....	Sr. Jimeno.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con que haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon e Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Habitacion modestamente amueblada.—Puerta en el fondo y laterales.—Una mesa en el centro.—Un sofá á la derecha del espectador, en segundo término.—Algunas sillas en desórden.—Cortina en la puerta de la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

D. BERMUDO, solo.

Con tono indignado y paseándose con gran precipitacion.

Esto no puede seguir!
No señor! no seguirá!
Sepa mi mujer que ya
de mí no se ha de reir.
Con mil gotas de sudor
me gano yo cada escudo,
y mi mujer lo que sudo
lo gasta que es un primor.
Lo que gano en la oficina
me lo gasta en perifollos,
por coquetear con pollos
y gallos, la muy... gallina.
Ayer fué treinta del mes,
y hoy la paga me quitó..

721588

Á las once se marchó; (Mira el reloj.)
no ha vuelto y ya son las tres.
En aguas, polvos, tinturas,
media paga habrá gastado.
El resto le habrá empleado
en postizos y pinturas.
Pero basta: ya estoy harto
y más burla no resisto.
Habrá la de Dios es Cristo;
pondré las peras á cuarto.
(Llaman precipitadamente á la campanilla.)
Ahí está: deprisa viene.
Mostremos gran acritud.
Adoptaré la actitud
enérgica que conviene.
(Con los brazos cruzados y expresion cómicamente terrible se coloca delante de la puerta de la derecha, á tiempo que Olimpia, muy sofocada, entra por el fondo con una porcion de lios que colocará sobre la mesa. Irá exageradamente vestida, con un polison un lazo y una cola de desmesuradas dimensiones. Llevará un peinado extravagante y empolvado de rubio; mucho colorete y blanquete, y colores chillones en su traje.)

ESCENA II.

BERMUDO, OLIMPIA.

OLIMPIA. (Sin mirar á Bermudo y colocando los lios.)
Buenos dias. ¿Qué hora es?
BERM. (Ap.) Frunzamos más torvo el ceño.
OLIMPIA. Me has esperado á almorzar?
BERM. (Ap.) Así almorzáras veneno.
OLIMPIA. ¿Ha venido la modista?
¿Avisaste al zapatero?
Qué es eso? no me respondes?
(Mirándole.) Calla! qué cara! qué ceño!
Di, ¿qué mosca te ha picado?
(Bermudo hace gestos y movimientos de cólera muda y comprimida.)
Á qué vienen esos gestos?

BERM. (Ap.) Mi ademan hizo impresion,
ahora con furia estallemos.
(Dando un fuerte puñetazo sobre la mesa.)
Señora! ya estoy cansado,
aburrido, descontento,
de tantos gastos y compras,
despilfarros, devaneos;
de tantos moños y lazos,
y postizos, y rellenos,
tantas idas y venidas,
tantas danzas y jaleos.
Lo que usted hace, señora,
y lo que, imbécil, tolero,
pasa de castaño oscuro,
y hasta de castaño negro.
Mi señora doña Olimpia,
se acabó mi sufrimiento,
sépase quien es Calleja.
(Dando otro fuerte puñetazo.)
Yo soy Bermudo Callejo.
(Se cruza de brazos y queda mirando con arrogancia á Olimpia, que prorumpe en una prolongada carcajada.)
(Ap.) Calle! se rie! se burla!
No he estado bastante enérgico;
los golpes que di en la mesa,
debí darlos en su cuerpo.

OLIMPIA. (Dando un terrible puñetazo sobre la mesa.)
Caballero!

BERM. (Aparte y asustado.) El trueno gordo.

OLIMPIA. Yo sí que estoy hace tiempo
cargada, desde los piés
hasta la punta del pelo,
de tanta escasez, miseria,
mezquindad y menosprecio,
de tantas riñas, sermones,
disgustos, gritos y gestos.
Si gasto, triunfo, derrocho
y me compongo, para eso
se ha casado usted conmigo,
y en justicia y en derecho
á usted le toca ganarlo

y á mí me toca perderlo.
Con que si gasta esos modos,
esos tratos tan groseros,
me planto y le planto á usted,
me emancipo, me sublevo,
me separo, me divorcio,
me autonomizo y me ausento.
(Da otro fuerte puñetazo.)

BERM. Te ausentas! Jesús! qué gusto!

OLIMPIA. Te gusta? pues bien, me quedo.
Vaya! no ha de poder una
gastar lo suyo, y lo ageno?
¿Qué faltas he cometido?

BERM. Faltas! ninguna por cierto;
pero sobras!... Dios me valga!
Tus faltas son lo de ménos.
Cuando me faltas, de veras
que casi casi me alegro.
Pero tus sobras, consumen
todo el sobrante de ingresos.
Los ingleses nos asaltan.

OLIMPIA. Y tú te apuras por eso?
Cuando á uno le hablan inglés,
debe contestar en sueco.

BERM. Por tí dueño ser quisiera
de los tesoros de Creso;
más soy un pobre empleado
con doce mil y... descuento.
Tu tocador me arruina,
y es fácil que nos quedemos
á la luna de Valencia
por la luna de tu espejo.
Porque tú tengas buen aire
nos mantenemos de viento.

OLIMPIA. Sí; pero olvidas, Bermudo,
que tratándose del cuerpo,
el aire en una mujer
tiene que ser lo primero.
Hoy la moda es soberana
y hay que cumplir sus decret.

BERM. De modo que el figurin
es el primer mandamiento,

de las tablas de la ley,
del catecismo moderno.

OLIMPIA. Si comemos poco y malo
sólo nosotros lo vemos;
más el vestido se luce,
el aire se ve en paseo:
la elegancia, la hermosura
son las virtudes del cuerpo.
Qué! no halaga tu amor propio
oir donde quiera que entro:
«Ay, quién fuera don Bermudo!.. »

BERM. Sí, mi bien; pero no almuerzo.

OLIMPIA. «Don Bermudo, que feliz
»que es el amo de ese cuerpo...»

BERM. Sí, mi amor, pero no como.

OLIMPIA. «Y es de esos hechizos dueño,
y es dueño de esa carita.»

BERM. Sí, mi vida, más no ceno.
Tú quieres que por tus aires
un dia me lleve el viento.
Con que el aire es la partida
principal del presupuesto?

OLIMPIA. Sí, Bermudo, tú no entiendes...

BERM. Es verdad que no lo entiendo.

OLIMPIA. Metido allí en tu oficina
no ves el mundo.

BERM. Mas veo
que tu aire es tan sútil,
que torna nuestro dinero
como aquel de «á la limon»
de cascarones de huevo.
Con que así trabaja tú,
gánate, sudando, un sueldo,
y entónces date más aires
que la rosa de los vientos:
huracanes, aquilones,
y vendavales y cierzos,
brisas, auras, cefirillos,
y gasta con viento fresco,
que yo voy al comedor
á que me den por almuerzo,
huevos, jamon y chuletas,

que es el aire que apetezco.
Date tono, Mariquita,
aire! aire! que entre el fresco.
(Sopla fuertemente.)
Ahí tienes racion de aire.
Ponte moños y rellenos,
que aunque se vista de niña
la vieja...

OLIMPIA. (Furiosa.) Qué estás diciendo?
vieja!...

BERM. (Huyendo.) Sálvese el que pueda,
me salvaré si es que puedo.
(Váse corriendo por la derecha.)

ESCENA III.

OLIMPIA, sola.

Y extraña la sociedad,
que una pierda la cabeza
y tenga un desliz, flaqueza,
capricho ó debilidad!
Un marido es todo hiel,
vinagre, limon y acíbar;
un amante todo almíbar,
merengue, azúcar y miel.
Pongo en mi caso á cualquiera:
hace dias que me sigue,
me requiebra, me persigue
un jóven, porque le quiera.
Dice que por mí está muerto,
me escribe coplas, cartitas.
me echa flores, me da citas,
y en fin... se llama Roberto!
Está frenético, loco;
dice que si no enviudo,
ha de matar á Bermudo,
y eso dentro de muy poco.
Y despues que una se aleja
de tan seductor amante,
un marido extravagante
me riñe y me llama vieja!

Vieja! cuando con ahinco,
treinta al mes siguen mi pista,
y al año apunto en mi lista
trescientos sesenta y cinco!

MUSICA.

Dónde hay cara tan hermosa,
que compita y que me venza,
con este color de rosa,
y estos rizos y esta trenza.
Si es pintura,
mi blancura,
solamente yo lo sé;
si mis rizos,
son postizos,
no lo sabe quien los ve.
Con esta elegancia,
y andar coqueton,
parezco una polla
y soy un jamon.

—

No hay un talle tan esbelto
que compita con mi talle,
ni va un pie más chico y suelto
por las piedras de la calle.
Va en tortura,
mi cintura,
más lo calla mi corsé;
si el calzado,
va apretado,
se lo aguanta el pobre pie.
Con lazos, rellenos,
y un buen *polison*,
parezco de carne
y soy de algodon.

(Entra Bermudo.)

ESCENA IV.

OLIMPIA, BERMUDO.

BERM. Está servido el almuerzo,
te se enfrian las chuletas.
OLIMPIA. Espera á que me desnude,
que quiero ponerme fresca
para despues de almorzar
dormir un rato la siesta.
Qué tormento es ir vestida!
Qué peso tienen las trenzas!
(Se quita el rodete, las trenzas y los rizos y los pone sobre la mesa.)
Mira, tráeme las babuchas,
me arden los piés.
BERM. (Saliendo precipitadamente.) Voy por ellas.
OLIMPIA. Me quitaré el cinturon,
que la cintura me aprieta.
(Se quita con trabajo el cinturon y le tira al suelo.)
BERM. (Entrando con dos viejas zapatillas de orillo, una en cada mano y cogidas con dos dedos, como con asco.)
Aquí tienes las pantuflas.
OLIMPIA. Qué cómodas!
BERM. Y qué bellas!
OLIMPIA. (Tomando las zapatillas.)
Ahora recoge esos lios
y esas botas y esas trenzas.
Lo guardas todo en la cómoda,
lo doblas, limpias y arreglas
y espera á que me desnude
para almorzar.
BERM. Así sea.
Subo, subo; de marido
me han ascendido á doncella.
(Váse Olimpia por la derecha.)

ESCENA V.

BERMUDO, solo.

Veamos lo que ha gastado.
Voluminoso es el lio.
(Deslia y examina el contenido del paquete que Olimpia ha dejado sobre la mesa.)
Ay! pobre dinero mio,
en lo que te has transformado!
(Llaman á la campanilla.)
Llaman. Ay! quién podrá ser?
(Escuchando.) Alguien viene.

UNA VOZ. (Dentro.) Está el señor?

BERM. (Recogiendo precipitadamente las botas, trenzas y lios, amontonándolos en confusion sobre la mesa y cubriendo todo con un gran pañuelo de yerbas que saca del bolsillo.)
Ocultemos por pudor
el aire de mi mujer!
(Entra por el fondo Roberto vestido con una americana muy corta y unos pantalones muy anchos, un sombrero hongo muy puntiagudo y con grandes alas y puesto de medio lado. Bigote y perilla muy largos y negros; pelo y cejas muy espesos. Aspecto terrible. Llevará un grueso baston.)

ESCENA VI.

BERMUDO, ROBERTO.

ROB. La mano le beso á usted.
BERM. Y yo beso á usted la mano.
ROB. Siéntese usted.
BERM. (Ap.) (Con franqueza!
Vaya un tipo estrafalario.)
ROB. (Con imperio.) Siéntese usted.
BERM. (Asustado.) Con permiso.
(Sentándose.) Podré saber con quién hablo?
ROB. Pues, don Bermudo Callejo,
yo soy...
BERM. Quién?

ROB. Roberto el diablo!
BERM. Demonio! (Se levanta espantado.)
ROB. Siéntese usted.
BERM. (Ap.) (Qué miedo me da este bárbaro.)
(Se sienta.)
ROB. Pues, yo soy aragonés
y á mí me llaman el diablo
por lo atroz, por lo terrible,
lo testarudo, lo bárbaro,
lo forzudo, lo ligero,
lo camorrista y osado.
Yo no tengo miedo á nadie,
no temo ni á Dios ni al diablo,
y cuando digo «allá voy»
allá voy y me disparo.
Qué le parece á usted?
BERM. Bien.
Es usted un buen muchacho,
de prendas recomendables,
y sobre todo muy franco.
ROB. Como soy tan cejijunto,
si aquí se me pone algo,
ni el obstáculo me asusta
ni en ningun medio reparo,
cometo una atrocidad
y un crímen si es necesario.
Corto el nudo.
BERM. Usted será
descendiente de Alejandro?
ROB. No, desciendo de mi padre
y de mi madre.
BERM. Ya, vamos.
ROB. Tengo unas fuerzas hercúleas;
mato á un buey de un puñetazo.
Solo con estos dos dedos...
Pruebe usted.
(Aprieta con dos dedos el muslo de Bermudo.)
BERM. (Gesticulando de dolor.) Me ha triturado!
Pero señor, ¿qué me importan
sus fuerzas? ¿soy empresario
de los carros de mudanza
ó del Circo de caballos?

¿Qué diablos tengo que ver
con sus músculos?

ROB. Y tanto.
Á pesar de ser tan fuerte
tengo un corazon muy blando.

BERM. Parecerá un adoquin.

ROB. No señor, un mantecado.
Sólo la mujer me rinde
con sus ojos y sus manos.
Aunque soy tan jastialon,
tan bruto y desarrollado,
la virginidad del alma
dentro de mi pecho guardo.
Vírgen soy de corazon,
vírgen soy de desengaños,
vírgen soy en esperanzas.

BERM. En tan virginal estado
cortejará usted al sexto
signo que hay en el Zodiaco.

ROB. No señor, aquí en la tierra
está el signo que idolatro.
Yo he venido de Aragon
porque no encuentro en los campos
una mujer que responda
al tipo que yo he soñado.
En la aldea, entre los burros,
bueyes, gallinas y gansos,
no hay mujeres como aquí
llenas de gracia y de garbo.
Por eso vine á la córte
decidido á dar mi mano
á una mujer hasta allí,
que dé envidia á mis paisanos.
Qué caras he visto! Cielos!
Qué mujeres! yo estoy malo!
¡Y dicen que la hermosura
sólo se encuentra en el campo!
(Cantando.) «Para melones Valencia,
»Para bellotas el Pardo,
»para mujeres Madrid,
»para caritas el Prado.»
Qué caras!

BERM. Bien se conoce
que es usted un provinciano.
ROB. En la calle de Alcalá,
volviendo un dia del Prado,
ví una mujer hechicera,
jóven, esbelta, con garbo,
rubia, blanca, sonrosada,
con un meneo y un lazo!
con un aquí! y un allí!
y unos altos! y unos bajos!...
El macho y la hembra siempre
no forman pareja?
BERM. Claro.
ROB. Esa mujer es mi hembra.
BERM. Y usted quiere ser su macho.
Mas, qué tengo yo que ver
con sus amores?
ROB. Y tanto.
Al decir yo á esa beldad:
«Oh! señorita: yo la amo!»
Con ternura: «soy casada!»
Me respondió suspirando.
«Qué importa?» dije, «viuda
será usted!» Me dió la mano
diciendo: «gracias!» La amé,
me amó, y, en fin, nos amamos.
BERM. Y qué tengo que ver yo
con que usted la ame?
ROB. Yo la amo,
y he jurado por mi nombre
que dentro de un breve plazo
la viuda de Callejo
me otorgue su blanca mano.
BERM. Cómo!
ROB. Que Olimpia me adora,
y la adoro.
BERM. Desgraciado!
Sin tener obligacion
adorar!... capricho raro!
(Señalando á la puerta como aludiendo á Olimpia.)
ROB. Con que elija usted el arma,
cuchillo, navaja, palo,

sable, pistola, florete,
escopeta ó puñetazos.
¿Cuál elije usted?

BERM. Ninguna.
(Ap.) De miedo estoy tiritando.
(Alto.) Yo no me bato, el batirse
es un crímen, un pecado,
es una inmoralidad,
es absurdo, anticristiano.

ROB. He jurado hacer viuda
á su mujer.

BERM. Juró en falso.
¿Qué hará usted para obligarme
á batirme?

ROB. Lo que tantos.
Delante de usted y el mundo,
que soy, á gritos declaro,
amante de su mujer.

BERM. Bien ¿y qué?

ROB. Lo que es del caso
Usted para no quedar
ofendido y deshonrado
me desafía; yo acepto,
nos batimos y le ensarto.
Usted tiene la ventaja,
pues recibiendo el agravio
elige el arma y la muerte
que sea más de su agrado.

BERM. ¿Y si no le desafio?

ROB. Le pego.

BERM. Y si soy cristiano
y pongo la otra mejilla
á que me de otro sopapo?

ROB. Le escupo.

BERM. Y si me lo limpio?

ROB. Á soplamocos le mato.

BERM. Qué atrocidad! No hay salida.
Don Roberto, hablemos claro.
Usted quiere mi mujer?

ROB. Si...

BERM. Pues yo se la regalo.
(Ap.) Gracias á Dios que encontré

quien cargue con ese diablo!
(Alto.) Por ella voy.

ROB. Alto ahí.
Yo he prometido mi mano...

BERM. Casada es mucho mejor
por ser un fruto vedado.

ROB. Casada no: la conciencia
me prohibe tal escándalo.
Matar á usted ya es distinto,
es más leal, más honrado.
Elija usted; un minuto
le doy tan sólo de plazo.
Ó morir como un valiente
y con honra sobre el campo,
ó morir como un gallina
aquí mismo estrangulado.

BERM. (Paseándose agitado.)
(Ap.) Estoy en capilla! horror!
Cómo saldré de este paso?
Ah qué idea! (Alto.) Ya elegí.

ROB. Y se bate usted?

BERM. Me bato.

ROB. Dónde?

BERM. Áquí.

ROB. Cuándo?

BERM. Ahora mismo.

ROB. (Ap.) No pensé que era tan bravo.
(Alto.) Arma?

BERM. Mi propia mujer.

ROB. Condiciones?

BERM. No las gasto.

ROB. Pues haga usted testamento.

BERM. Ántes de que nos batamos,
un secreto de importancia
oiga usted, Roberto el diablo.
Atencion!

ROB. Soy todo orejas.

BERM. Sepa usted que soy... bigamo!

ROB. (Con extrañeza.) Gamo?

BERM. Sí, como que estoy
con dos mujeres casado.

ROB. (Santiguándose.) Jesus! Qué barbaridad!

Qué inmoralidad! qué escándalo!

BERM. Tengo una mujer legítima
y otra ilegítima, ¿estamos?
Una rubia, otra morena,
una es carne, otra peseado,
una gordita, otra flaca,
una polla y otra grajo.
Una para dar disgustos
y otra para darme gastos.
Una que se llama Olimpia
y la otra, oh, sucia!... Veamos:
cuál es la que á usted le gusta?

ROB. La rubia.

BERM. Pues no riñamos.
De usted es, amigo mio,
con esa no estoy casado.
La rubia no es mi mujer,
es del público. (Ap.) (Me salvo.)

ROB. Oh! mil gracias, don Bermudo,
mil gracias!

BERM. No es para tanto.
Mas dígame usted primero.
¿Qué es lo que le ha enamorado
de esa mujer?

ROB. Su hermosura!
Su juventud! sus encantos!
Pero sobre todo el aire,
su aire, su aire!

BERM. Su aire? Incauto!

ROB. (Cantando con el aire de la jota aragonesa.)
«Yo me enamoré del aire,
»del aire de una mujer...»

BERM. (Tapándole la boca.) No acabe usted esa copla
hasta que hayamos hablado.
Voy á regalarle el aire
que le ha seducido tanto.

MUSICA.

BERM. Qué es lo que á usted le gusta
de esa mujer?

ROB. Me encanta su blancura.

BERM. Téngala usted.

(Presenta á Roberto un frasco de blanquete que ha tomado de la mesa.)

ROB. (Leyendo y examinando el frasco con asombro.)
Agua de Barcelona!

BERM. Justo y cabal.
Ocho reales me cuesta
su blanca faz.

ROB. Me encantan sus cabellos
de oro sutil,
tegidos en mil trenzas
y en rizos mil.

(Mientras Roberto canta esta estrofa, Bermudo toma del lio de la mesa un rodete, unos rizos y dos largas trenzas, que le irá presentando.)

BERM. Pues tenga usted el oro
que le encantó.
Rodete, rizos, trenza
los pago yo.

ROB. Me encantan sus mejillas
rosas de abril,
sus cejas y sus labios
como el carmin.

BERM. (Presentando varias cajas de cosméticos que ha tomado del lio. Roberto los irá mirando con muestras de asombro, extrañeza y repugnancia.)
Pues aquí están las rosas
de su vergel,
sus cejas y sus labios
como el clavel.

ROB. Me encanta su estatura
y mucho más
lo que hay bajo su airoso
lazo de atrás.

BERM. (Presentando una bóta con un tacon desmesurado.)
Su estatura es efecto
de este tacon,
y lo de atrás, es carne
de polison.

(Presenta un enorme polison.)
Cumplí mi palabra,

y aquí le hice ver
la gracia y el aire
de aquella mujer.
Sudores y afanes
me cuestan á mí
los aires y hechizos
que usted tiene aquí.

ROB. Adios ilusiones,
no puedo creer
que aquesto es el aire
de aquella mujer.
Airoso tras aire
airado corrí;
quedé desairado
y un aire cogí.

HABLADO.

BERM. Con que, ¿quiere mi mujer?
ROB. Ni pintada! vaya un chasco!
Con que la mujer que adoro
es ese monton de trapos?
(Á cada pregunta Bermudo hará signos afirmativos.)
Y ese diluvio de aguas?
y esa coleccion de frascos?
y ese polvorin de polvos?
y esos manojos de esparto?
BERM. La misma que viste y calza.
ROB. Usted me engaña.
BERM. Le engaño?
ROB. Yo no puedo resignarme
á que el ángel que idolatro
aquí se me desvanezca
como el sueño de un borracho,
pesadilla de postizos,
vision de cajas y tarros.
Yo quiero el original,
no estos ridículos cuadros.
Necesito ver á Olimpia,
y si usted mintió le mato!

BERM. (Le conduce tras de una cortina de la puerta á la izquierda del espectador.)
Observe usted desde aquí
y ahora verá con espanto
el aire de una mujer
tal cual le mira un casado. (Se esconde Roberto.)
(Llamando desde la puerta de la derecha.)
Olimpia, Olimpia, Olimpita,
te has mudado?
(Entra Olimpia en traje estrafalario. Vestido de percal, corto, viejo y muy escurrido, pañuelo raido, papalina pequeña y sucia, por donde asoman algunos rizos cogidos con papillotes. Llevará la nariz empolvada de arroz y las zapatillas en chancleta.)

ESCENA VII.

DICHOS, OLIMPIA.

OLIMPIA. (Entrando.) Qué se ofrece?
Por qué llamas?
ROB. (Desde la puerta santiguándose.) Santo Dios?
Santo inmortal! Santo fuerte!
BERM. Dime, ¿cuánto te han costado
todos esos ingredientes?
OLIMPIA. Yo qué sé? ya no me acuerdo;
mas que cueste lo que cueste.
BERM. Y tú no piensas, mujer,
que es disparate solemne
usar esos mamarrachos,
postizos y coloretes,
con cincuenta años cumplidos.
OLIMPIA. (Furiosa.) No me insultes insolente!
Un jóven esta mañana
me calculó veinte y siete.
ROB. (Ap.) Yo fuí quien los calculó.
BERM. Mujer, mentira parece.
Dime, y quién es ese jóven?
OLIMPIA. Uno muy guapo y decente,
que me adora y me persigue.
y de amor por mí se muere,
y me ha pedido una cita

en la plazuela de Oriente,
tercer banco á la derecha,
por la mañana á las nueve,
para irnos luego á almorzar
caracoles y escabeche.

ROB. (Ap.) Pues aguárdame, bien mio,
sentada hasta el siglo veinte.

OLIMPIA. Podria huir, escaparme
con ese jóven.

ROB. Pues vete.

OLIMPIA. Qué te se figura á tí?
no aprecias ni lo que tienes,
ni mi mérito conoces,
ni mis virtudes comprendes.
En cuanto quede viuda
y pasen los nueve meses,
me caso con ese jóven.

ROB. (Ap.) No has contado con el huesped.

OLIMPIA. Pronto quedaré viuda,
viejo gruñon é insolente.
Tiembla! me voy á almorzar.
Como á la mesa te acerques
mientras almuerzo, los platos
y vasos van á lloverte.
(Váse por la derecha amenazando á Bermudo con el dedo.)

ESCENA VIII.

BERMUDO, ROBERTO.

ROB. (Saliendo.) Adios, mujer que adoré.
como adora... un mentecato,
adios! te desvaneciste
como un cigarro de estanco,
humo dejando en el aire
y nicotina en los labios.
Desgraciado don Bermudo!...

BERM. Oh, sí, soy muy desgraciado.
Mi mujer, que fuera es rosa,
dentro de casa es un cardo.
Yo aquí le tiño las canas.

la limo y corto los callos,
la pongo polvos de arroz,
y en la cabeza dorados.
Yo la visto y la desnudo.
(Con mímica acentuada y expresiva.)
¡Si viera usted qué espectáculo,
cuando á fuerza de quitar
faldas, y faldas y lazos,
la que es vestida, alcachofa,
se torna desnuda, espárrago!
De noche se unta la cara
de *cold-cream* y sebo rancio;
figúrese usted qué tufo,
y qué almohadas, y qué... vamos!
El sol alumbra su cara
de dia en medio del Prado;
ay! pero la lamparilla
alumbra... lo que me callo.
Oh, si los amantes vieran
lo que vemos los casados!
Conque, señor don Roberto,
yo mi mujer le regalo;
no la mire usted el diente,
que es caballo regalado,
y de ocho que hay en su boca,
(Señalando al bolsillo.)
de aquí le salieron cuatro.

ROB. Oh, mi señor don Bermudo,
amigos y en paz quedamos,
me ha vencido usted en regla.
Estreche usted esta mano.
(Se dan la mano.)
Deje que acuda á la cita,
y mientras me esté esperando
doña Olimpia, tomo el tren,
y hácia mi pueblo me marcho,
donde la carne es de carne,
donde el pescado es pescado,
donde lo rosado es rosa,
y donde lo flaco es flaco,
y lo moreno, moreno,
y lo blanco sólo blanco.

y lo bajo es bajo siempre,
y lo alto siempre es alto.
Voy donde no hay perfumistas
que venden lo rubio y blanco,
peluqueros trapalones
que hacen peludo lo calvo,
modistas engañadoras
que hacen gordo lo delgado,
y zapateros inícuos
que hacen gigante lo enano.
Me voy donde mi mujer
no gaste en moños y lazos
la base de mi fortuna
y el fruto de mi trabajo.
Voy donde gato por liebre
no me den á cada paso,
tocando la liebre al mundo
y al pobre marido el gato.
Pensando en Olimpia, juro
cada vez que cante el gallo
repetir esa coplilla
que me interrumpió hace un rato.

BERM. La puede usted terminar;
su moraleja es del caso,
y mientras usted la canta
yo que me salvé la bailo.

MUSICA.

ROB. Yo me enamoré de dia,
y hasta el dia me engañó;
otra vez que me enamore
no me fio ni del sol.

BERM. (Que baila mientras canta Roberto, se dirige como aparte al público.)
Lo que á este le ha sucedido
bien les puede suceder
á muchos que se enamoran
del aire de una mujer. (Cae el telon.)

FIN.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	R. S. Perez.
Alcoy.	J. Marti.
Alicante.	J. Gossart.
Almeria.	Alvarez Hermanos.
Avila.	S. Lopez.
Badajoz.	F. Coronado.
Barcelona.	Viuda de Bartumeus y Cerdá.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cáceres.	H. E. Perez.
Cádiz.	Verdugo y Compañia.
Canarias.	F. María Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Cartagena.	J. Mellado y Orcajada.
Castellon.	J. M. de Soto.
Ciudad-Real.	P. Acosta.
Córdoba.	M. García Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Gerona.	J. Giuli.
Granada.	N. Taxonera.
Guadalajara.	F. Dorca.
Huelva.	Crespo y Cruz.
Huesca.	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora.
Jaen.	R. Oñana.
Leon.	N. Ceb Hos.
Lérida.	J. P. Osorno.
Logroño.	R. Guillen.
Lugo.	J. Perez Fluixá.
Mahon.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Málaga.	Minon Hermano.
Manila (Filipinas).	M. Ballespi.
Mataró.	P. Brieba.
Murcia.	Viuda de Pujol.
Orense.	P. Vinent.
Oviedo.	J. G. Taboadela y P. de Moya.
Palencia.	M. Planas.
Palma de Mallorca.	N. Clavell.
Pamplona.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Pontevedra.	J. Ramon Perez.
Puerto de Sta. Maria.	J. Martinez.
Puerto-Rico.	Peralta y Menendez.
Reus.	P. J. Gelabert.
Salamanca.	J. Rios.
Sanlúcar.	J. Buceta Solla y Comp.
San Sebastian.	J. A. Rafoso.
Santander.	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Santiago.	J. Prius.
Segovia.	R. Huebra.
Sevilla.	I. de Oña.
Soria.	A. Garralda.
Tarragona.	Miguel Ruano.
Teruel.	B. Escribano.
Toledo.	L. M. Salcedo.
Valencia.	F. Alvarez y Comp.
Valladolid.	F. Perez Rioja.
Vitoria.	V. Font.
Zamora.	F. Baquedano.
Zaragoza.	J. Hernandez.
	I. Garcia, F. Navarro y Mariana y Sanz.
	D. Jover y H. de Rodrigz
	J. Oquendo.
	V. Fuertes.
	L. Ducassi, J. Comina. Comp. y V. de Heredi

MADRID.

Librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Cármen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.